

1

ENCUENTROS

17 del undécimo mes de Aine. Zoira, Orfanato Sallister.

La alarma del reloj logró que Dairine apartara la vista de la lectura y apagara el despertador. Eran las once de la noche, en los pasillos del orfanato ya escuchaba a las encargadas ir, habitación por habitación, asegurándose de que todas las chicas apagaran las luces, pero su intención no era la de dormir, sino la de escaquearse.

Entonces, la puerta de su habitación se abrió. Por ella asomó una mujer rolliza que vestía un gastado vestido gris. Su cabello rojo iba mal recogido en un estirado moño y sus ojos negros y afilados estaban fijos en la muchacha.

—¡Son las once, Dairine, deja de leer y apaga la luz!

Ella asintió. Si era obediente, o al menos lo fingía, Bianca no entraría en su habitación en la segunda ronda y eso era lo que más deseaba. Así pues, obedeció y apagó la luz. Esperó quince minutos; en el pasillo ya no se oía a nadie, las encargadas debían de estar haciendo la ronda en las plantas más bajas, y entonces alcanzó una pequeña linterna escondida bajo la cama. Con ella ilumi-

nó las páginas del libro que estaba leyendo —*Las extrañas de Aine*, de William Asghor— y se permitió disfrutar un poco más de las aventuras del profesor y de todo cuanto descubrió una vez cruzó la brecha por la que se escondía el sol.

Era su libro de ficción favorito. Lo había sacado a escondidas de la biblioteca del orfanato y lo leía una y otra vez. Se lo conocía de memoria, pero aun así nunca se cansaba de él. El tomo de más de trescientas páginas estaba desgastado, algunas hojas estaban sueltas, pero eso no impedía a Dairine leerlo.

Finalmente guardó el preciado ejemplar en una caja de cartón bajo su cama y se vistió. Eligió vaqueros oscuros y sudadera azul marina con capucha que le ayudaría a cubrir su larga melena rubio-dorada y ondulada. Lista, corrió a la ventana, se agarró a la enredadera y minutos más tarde saltaba las murallas del orfanato.

Corrió por desérticas calles iluminadas por farolas hasta dejar atrás el centro de la ciudad y adentrarse en la zona de los garitos. A diferencia del resto de Zaira, el pequeño barrio estaba hasta los topes de todo tipo de gente: punks, roqueros, heavys y gente muy poco deseable.

Dairine intentó pasar desapercibida hasta llegar a El Pirata. El bar, o el garito de mala muerte, como Dairine se refería a él, era un lugar lúgubre que apestaba a tabaco. Nada se le había perdido en esa tasca a una chica de diecisiete años, pero el dueño del bar, una noche al mes, dejaba libre el escenario de bailarines para que fuera ocupado por grupos o cantantes que deseaban probarse en el mundo de la música, y esa madrugada Blue Wings, su grupo preferido, cantaba en cuarto lugar.

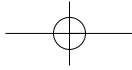
—¡Esta noche las consumiciones son obligatorias! —le hizo saber un hosco camarero cuando llegó a la apartada mesa donde esperaba—. Si no pides, los gorilas te echarán.

—Tráeme una cola —replicó la chica.

—¡Cinco einh!

—¡¿Cinco?! Por una cola, ¿te has vuelto loco?

—Escucha, niña, es noche de música, las consumiciones son



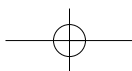
obligatorias y su precio es más elevado. Si no te gusta el trato, ve a otro garito.

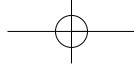
Dairine gruñó y dejó caer los cinco einh en la bandeja del camarero. Unos minutos después, sin hacer caso al refresco, esperaba que el tiempo transcurriera. Sólo tres grupos debían tocar antes que los Blue Wings, pero la espera se le estaba haciendo eterna y para hacerla más amena tomó su agenda electrónica, el lápiz táctil y empezó a escribir. A pesar del estruendo, nada la desconcertó; a veces el entorno se llenaba de sonido heavy, rock duro, y entonces escuchó que era el turno de los Blue Wings.

Cuando Dairine alzó la vista, los tres componentes del grupo se preparaban; Tyrel era el más joven con veintidós años. Tocaba la guitarra; además, era el cantante. Era muy alto, atractivo, su cabello rojo resplandecía en el oscuro escenario. Lucía un corte de pelo distinto a cuando Dairine lo vio la última vez pero reconocía que le sentaba muy bien; el rojo le daba cierto aire pícaro que lo hacía más atractivo, y parte de su cabello caía ladeado sobre su frente mientras que el restante caía liso hasta descansar sobre su nuca. Lucía varios pendientes en su oreja izquierda y un *piercing* azul atravesaba la ceja derecha. Sus ojos, de un bonito avellana, brillaban de emoción. Su hermano Logan, de veintiséis años, le hacía los coros y tocaba la batería; llevaba el pelo largo hasta los hombros y algunos reflejos cobrizos resaltaban en la negrura de su cabello. Al igual que Ty, tanto sus orejas como sus cejas iban adornadas por distintos pendientes, y sus ojos también eran avellanas. Por último estaba Darnelle, el hermano mayor de treinta años, que tocaba el bajo. Era el más serio de todos; ni un solo pendiente adornaba su cuerpo, nunca sonreía y su cabello no iba adornado con mechas o tintado de algún color extravagante, sino que lo llevaba corto y castaño. Compartía el mismo color de ojos que sus hermanos.

Finalmente, Tyrel dio un paso hacia delante y tomó el micrófono.

—¡Buenas noches a todos los piratas que habéis venido a escucharnos esta noche! —gritó Ty, pero nadie aplaudió al mucha-





cho—. Somos los Blue Wings y esperemos que disfrutéis de nuestra música.

Tan sólo una persona le alabó, reparó Tyrel; una chica de la que apenas apreciaba nada, pues una capucha cubría sus rasgos. Ese efímero aplauso le llenó de felicidad y se giró hacia sus hermanos.

—A la de tres, chicos, sé que esta noche va a ser diferente.

—¡Sí... sí! —replicó Logan—. Anda, inicia el tema y vayámonos de este garito de mala muerte.

Ty ignoró el comentario de su hermano. Hace cuatro años ellos eran un grupo de pop conocido mundialmente; vivían de la música, cosechaban éxitos, pero todo acabó. La razón era él, pero no estaba dispuesto a rendirse, los Blue Wings volverían a alzar el vuelo, y con esa idea esperó el inicio de la canción.

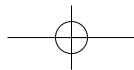
Logan empezó a tocar la batería de manera lenta y al momento se le acoplaron Tyrel y Darnelle con la guitarra y el bajo. Tras unos segundos, el solista se acercó al micrófono para dar a conocer a sus seguidores la letra.

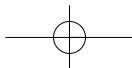
*Una noche estabas a mi lado y ahora un vacío ocupa mi cama.
Te fuiste sin decir nada y cuando te encontré me traicionaste.
Rompiste mi corazón en mil pedazos, no sólo una vez, sino más.
Te perdoné, olvidé tus amantes, pero la traición volvió.*

*Te dejé marchar, robaste mi alma y no volveré a mirar atrás.
Te dejé marchar, me privaste de amar y ahora soy feliz.
Te dejé marchar, te llevaste algo de mí, me mataste.*

*Ahora espero volver a verte, enfrentarme a ti.
Sé que algún día nuestras miradas se encontrarán.
Cuando eso ocurra no sé qué será de mí.*

*Te dejé marchar, robaste mi alma y no volveré a mirar atrás.
Te dejé marchar, me privaste de amar y ahora soy feliz.
Te dejé marchar, te llevaste algo de mí, me mataste.*





A Dairine le emocionó la nueva canción; la letra era más triste que otras escuchadas anteriormente, pero aun así Tyrel volcaba en ella tal pasión que hacía temblar hasta los cimientos del lugar. El minuto y medio de la actuación se le hizo más corto y, apenada, esperó en su asiento. El camarero volvió y tuvo que pagar otros cinco einh por una segunda cola que tampoco iba a beber. Tenía la esperanza de que los Blue Wings volvieran al escenario, a veces lo hacían cuando el público lo gritaba, pero el de esa noche era más que pésimo; así pues, decidió volver al orfanato.

Ya en el exterior, una fría helada le dio la bienvenida. Todo su cuerpo tembló y se abrazó a sí misma para protegerse. Eran cerca de las dos de la madrugada de un día de diario y aterrada empezó a correr por desérticas calles. No dejaba de mirar en todas direcciones; no debió haber salido, o al menos, no quedarse hasta tan tarde y de repente se estrelló contra una persona. Del impacto fue a parar al suelo.

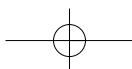
—¿Te encuentras bien? —preguntó una mujer.

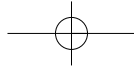
Cuando Dairine alzó la vista se encontró con una joven de extrema belleza. Su cabello negro iba adornado por mechaz azuladas y de tonos marfil. Sus ojos cobalto parecían examinarla hasta la conciencia, incluso adivinar sus pensamientos, pero su sonrisa se mostró sincera y Dairine tomó la mano que le ofrecía.

—Lo siento, no miraba por dónde iba..., se me ha hecho más tarde de lo que pensaba.

La mujer sonrió, pero todo gesto de amabilidad desapareció. El rostro de la desconocida se transformó en una máscara helada al palpar aquello que Dairine lucía en su muñeca derecha. Con un gesto brusco le arremangó la sudadera, dejando entrever una pulsera plateada, que no era normal, sino rígida, y en ella estaban tallados los rostros de Tyrel, Darnelle y Logan.

—¿Dónde..., dónde has conseguido esta pulsera?





—¡Es un regalo! —replicó Dairine librándose de la muchacha—. Gracias por tu ayuda pero he de marcharme.

Dairine esquivó a la desconocida pero ésta se interpuso en su camino.

—Esa pulsera te la ha regalado Tyrel, lo sé, lo he sentido al tocarla.

—¿Qué te pasa? ¿Eres bruja o algo así? Y qué si me la ha regalado Ty, seguro que es un gesto que ha hecho con muchas chicas, al fin y al cabo, hasta no hace mucho, era muy popular. Ahora, si me disculpas, he de marcharme.

Dairine se libró de la extraña tipeja, aunque no dejaba de sentir su mirada acribillándole la nuca, y cuando miró por encima del hombro la vio desaparecer en la niebla que se levantó al instante. Era extraño, pero la bruma crecía y pronto se vio envuelta en ella, donde percibió que no estaba sola. Percibía movimiento a su alrededor y de repente algo la golpeó en la espalda y la lanzó al suelo.

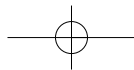
Darnelle, Logan y Tyrel salían por la puerta trasera de El Pirata. Ty llevaba la guitarra a su espalda, mientras que Logan se había hecho con el sobre del dinero.

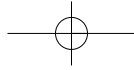
—¡Doscientos einh! ¡Menuda miseria! —replicó ceñudo, entregándole a Darnelle el dinero—. ¿Para esto me he quedado hasta las tantas levantado?

—Recuerda que, años atrás, las dos de la madrugada no era más que el principio de la noche —le respondió Tyrel—. Después de un concierto siempre nos quedaban las fiestas con los promotores y clientes VIP; ahora, al menos, podemos volver a casa.

—¡Pero entonces ganábamos una pasta! —replicó Logan, adelantado a su hermano e increpándolo—. ¿Y qué canción era esa? La letra que has escrito es sentimentalista y ñoña. Así no volveremos a la posición de antes ni de coña.

—Pues escribe tú la letra si no te gusta, a ver si tienes cabeza





para hacer algo que no sea flirtear —gruñó Ty—. Sólo escribí lo que salía del corazón.

—Ya, quizá ese sea el problema —protestó—. Te dejé marchar, te llevaste algo de mí, me mataste —tarareó el estribillo de la canción—. Dios, Tyrel, das pena.

Su hermano, cansado de las burlas, le hizo frente. Lo tomó de la camisa y lo estrelló contra la pared.

—¡Ah, sí! ¿Quién es el culpable de mi estado emocional?

—Vale ya, chicos —los reprendió Darnelle—. No estamos solos, es de noche, y recordad lo que puede sucedernos.

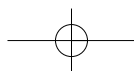
Tyrel y Logan dejaron el forcejeo para más tarde, y cuando salieron del callejón que daba paso a la calle central contemplaron la niebla. Empezaba a crecer, eso no les gustaba, y menos los movimientos que apreciaban en las edificaciones cercanas. Entonces escucharon un grito.

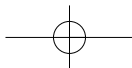
Los hermanos corrieron dejándose guiar por el chillido y apreciando movimiento a su alrededor, hasta que lo que los acechaba pasó a la acción. Tres espectros volaban a ras del suelo; sus capas oscuras y mugrientas dejaban entrever manos huesudas y rostros cadavéricos.

—¡Seguid adelante, yo me ocupo de esto! —gritó Darnelle—. No dejéis que ella mate a un inocente.

El hombre golpeó en la cabeza al primer engendro con tanta fuerza que su cabeza se quebró y cayó al suelo. El espectro volvía a recomponerse, pero Darnelle tuvo que ocuparse de los restantes monstruos que alzaron el vuelo. Uno hizo frente al hombre, mientras que el otro se situó a su espalda; para Darnelle no pasó desapercibido el gesto y se puso en cuclillas para tomar impulso. Cuando sintió a los seres cerca dio un salto que alcanzó varios metros de altura. En consecuencia, los espectros se estrellaron provocando su desorientación; Darnelle estaba listo para contraatacar cuando, de repente, la niebla se hizo más efímera y pequeños rayos de luna dentellearon el lugar.

Fue extraño, era la primera vez que el hombre veía así a los es-





pectros, pues cuando la luz se filtró entre la bruma, huyeron espantados.

Mientras, Logan y Tyrel continuaron su caminar hasta encontrar a una chica tirada en el suelo. Dos espectros la sobrevolaban y en las sombras repararon en una persona.

—Ve a por ella, Logan —le ordenó su hermano—. Yo me ocupo de la víctima.

Logan asintió y fue derecho a la mujer, quien al ver al muchacho correr en su dirección, se escabulló por un callejón.

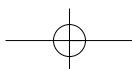
Mientras, Tyrel siseó desafiante a los seres; dos colmillos se hicieron más prominentes en sus encías e hizo frente a las criaturas. Cuando la primera se lanzó contra él, giró volteándola y la golpeó en la espalda; el muchacho, dotado de una gran fuerza, escuchó los huesos quebrarse. Al siguiente le asestó una patada lanzándolo hacia atrás, pero el ser volvió a contraatacar; Ty estaba dispuesto a batirse cuando alguien cayó encima del engendro: Darnelle.

—Ocúpate de la chica mientras yo me deshago de estas cosas. Tyrel asintió. Tomó en brazos a Dairine y la alejó de la bruma.

Mientras, Logan seguía corriendo tras la misteriosa mujer, hasta llegar al final del callejón. Entonces se encontró cara a cara con Shaina, una muchacha misteriosa, extraña, igual que lo era él y sus hermanos, aunque ella, por supuesto, más peligrosa.

—Y bien, Shaina —empezó Logan—. ¿A qué ha venido el ataque de hoy? ¿Acaso nuestra actuación en El Pirata te ha parecido digna de admirar?

—¡No me hagas reír! —se burló la joven—. Ha sido divertido, me gusta ver cómo tu hermano pone todo su empeño por volver a relanzaros..., el pobre se siente muy culpable —añadió cruzándose de brazos.



Logan odiaba a esa chica pero admitía que era terriblemente atractiva. Vestía vaqueros oscuros y ceñidos que le sentaban de muerte. A pesar del frío lucía una camisa roja de lentejuelas que marcaba sus firmes pechos e incluso dejaba al descubierto su ombligo.

—¿Qué quieres?

—Oh, pero si lo sabes muy bien. Quiero a Tyrel, lo quiero para mí, o al menos que no salga con ninguna otra chica —habló con voz firme—. Chicos, tengo paciencia, pero tarde o temprano quiero que me devolváis todo aquello que me arrebatasteis.

—Eres una bruja, una hechicera o algo peor, seguro que con tus malas artes puedes lograr lo que quieras.

Shaina sonrió y se acercó a Logan. El muchacho, por cada paso de la joven, se sentía más débil y, jadeante, cayó al suelo. Una gran presión ocupaba su cuerpo y los ojos se le tiñeron de rojo.

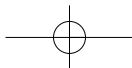
Shaina se agachó y acarició su mejilla.

—Pobre, estás sufriendo mucho —añadió y chasqueó la lengua—. Es una lástima. Yo podría acabar con toda vuestra angustia, con la que lucháis muchas noches, e incluso podría hacer desaparecer esos extraños rumores que hablan sobre una maldición caída sobre vosotros.

—¡Nunca te acercarás a nosotros!

—Quizá con el tiempo cambiaréis de opinión —dijo poniéndose en pie y haciendo desaparecer la niebla—. Logan, dile a tu hermano que se libre de la rubia o me enfadaré mucho y eso no lo querríais, ¿verdad?, conocéis las consecuencias de mis disgustos.

Logan quiso insultar a esa mala víbora, pero no tenía fuerzas, sentía que perdía el control, que la bestia de su interior quería salir, destruir todo lo que se encontrase en su camino, arrasar cualquier vida, saciar sus más primitivos deseos. Pero poco a poco, a medida que se alejaba Shaina, la calma volvió a él y partió en busca de sus hermanos.



Una vez Tyrel salió de la calle de los garitos, giró a la izquierda y entró en el primer bar que no apestaba. Un joven camarero esperaba tras la barra, secaba las copas y su expresión de cansancio se llenó de sorpresa al verlo cargar con la muchacha.

—Por favor, ¿puedes traerme hielo y un botiquín? ¡La he encontrado en el suelo!

El muchacho se dio mucha prisa y volvió con lo que Ty había pedido.

—¿Quieres que llame a un médico?

—Aguarda, parece que ya vuelve en sí..., esperaremos a que esté consciente.

—¡Te traeré un vaso de agua!

Tyrel asintió y volvió a prestar atención a Dairine, que descansaba sobre su pecho, gemía y sus párpados se agitaban. Era una chica delgadita, muy joven, no debería estar hasta tan tarde en la calle, y admitió que era muy guapa. Su larga cabellera rubio-dorada caía en ondas hasta su espalda; en su rostro ovalado destacaban sus sonrosados labios. La nariz era pequeña, perfecta, ensombrecida por algunas pecas rosas muy graciosas.

De repente el encantamiento de Tyrel se rompió cuando los asientos de su derecha e izquierda fueron ocupados por sus hermanos.

—¿Estás bien? —preguntó a Logan.

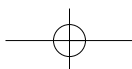
Éste no le respondió, sino que se acercó a la joven y tomó el bolso bandolera que caía sobre su cadera. Al abrirlo encontró objetos personales, incluso libros de texto, pero dio con lo que más buscaba: la agenda electrónica.

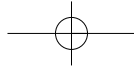
Tras dejar el bolso en la mesa, encendió la agenda y con ayuda del lápiz táctil empezó a buscar información.

—¿De qué la conoces? —preguntó sin apartar la vista de la agenda—. Vamos, Tyrel, confiesa. Shaina ha sido muy clara: ha pedido que te alejes de la rubia.

—¡Pero si no la conozco de nada!

—¿Estás seguro? —preguntó Darnelle—. Es extraña una peti-





ción como esta en relación con una desconocida —agregó con el ceño fruncido—. Ty, no podemos permitirnos poner en peligro a otras personas.

—Esto es interesante —interrumpió Logan—. Esta chica tiene talento, o al menos, más que tú —añadió divertido mirando a su hermano pequeño—. Escribe muy bien, tiene un par de canciones muy buenas, mejor que la que me has obligado hoy a corear.

Mientras los hermanos hablaban, Dairine volvía en sí. Alguien la tenía en su regazo, se sentía protegida y aún no se veía con fuerzas para levantarse. La cabeza le daba vueltas, sentía un palpitante dolor pero el hielo lograba aliviarla. Con los ojos entreabiertos y la visión borrosa contempló cuanto le rodeaba. Había tres chicos con ella, todos vestían pantalones negros, camisetas oscuras y en éstas había dibujadas alas azules. Era la misma ropa que les había visto a los Blue Wings; poco a poco iba reaccionando pero, al escuchar que leían la información de su agenda, se sobresaltó.

—¿Qué tal si buscas cómo se llama y dónde vive? —le interrumpió Tyrel bruscamente y entonces miró a Dairine; la chica tenía los ojos abiertos. Su mirada azul con tonos verdosos le absorbió, parecía volver en sí, y que era consciente de que estaba en su regazo—. ¿Te encuentras bien?

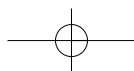
—Vale, aquí está —prosiguió Logan—. Dairine...

—¡Eh, dame eso! —exigió la joven saltando del regazo de Tyrel y arrebatando la agenda al muchacho—. Esto es privado, ¿entiendes? Pri-va-do —añadió lentamente para que comprendiera sus palabras—. No tienes derecho a leerlo.

—Vale, Dairine la desconocida, y de nada por salvarte la vida.

La chica le lanzó una gélida mirada sin dejar de tocarse la cabeza; entonces unas manos se posaron sobre sus hombros y al girarse contempló a Darnelle. Por el Dios Remiel, era mucho más alto de lo que parecía en el escenario e incluso más serio.

—Siéntate, te has dado un gran golpe y no te preocupes por mis hermanos, se comportarán.



Dairine hizo caso al hombre y al instante llegó el camarero. Bebió el agua de un trago además de tomarse un analgésico para la cabeza. Entonces lanzó sendas miradas a los hermanos; estaba frente a los Blue Wings..., y parecían súper normales, no un grupo de música.

—Estabas en el concierto, ¿verdad? —preguntó Ty—. Eras la única chica y quien aplaudiste.

—Bueno... —tartamudeó ruborizada—. Me gustó la actuación.

—¡Oh, venga ya! —replicó Logan—. La canción ha sido...

—Melancólica —le interrumpió Dairine—. Es diferente a aquellas que os lanzaron al estrellato, también distintas a cuando cantabais con la chica.

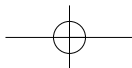
—Shaina —prosiguió Darnelle—. El encargado de escribir las canciones es Ty, pero podría decirse que últimamente no está en un buen momento. Dairine, ¿me dejarías echar un vistazo a tus canciones?

—Yo no los llamaría canciones, sólo pensamientos —habló entrecortadamente con la mirada en la agenda, buscando la carpeta que contenía sus escritos, hasta que se la tendió a Darnelle—. Tengo que volver al orfanato: si descubren que me he escapado... en fin, no quiero ni pensarlo.

—Espera, te acompañaremos. Es muy tarde y no debes andar sola por estas calles —se ofreció Tyrel mirando por encima del hombro las letras escritas por la chica. Entonces una sonrisa se dibujó en su rostro—. Dairine, me gusta tu letra. Piensa si te gustaría que un grupo tan patético como el nuestro las tocara.

La chica se quedó sin habla y durante el trayecto hasta el orfanato no supo qué decir. Los hermanos estaban contentos con sus creaciones, en cambio ella parecía estar en una nube, completamente ausente de lo que ocurría, incluso el hecho de que Ty estuviera interesado en sus canciones.

Los muchachos le dieron una tarjeta en la que figuraba su domicilio y el número de contacto. Cuando Dairine la tomó, pareció, que el habla volvió a ella e hizo frente a los hermanos.



—No soy más que una huérfana que lleva años en el orfanato Sallister... , yo, en fin, no creo que sea bueno para vuestra reputación que una chica como yo se relacione de esta manera con vosotros.

—Rubita —añadió Logan—. Nuestro grupo ha caído en el olvido y nada va a hacerlo remontar, pero yo me niego a seguir cantando las niñerías que escribe mi hermano.

En respuesta, Tyrel le dio una colleja y se acercó a Dairine para alejarla de los demás.

—No pienses de esa manera de nosotros, por favor, somos tres chicos bastante corrientes, bueno, Logan... , en fin, a él es mejor que lo ignores. Dairine, si no quieres que tus letras sean cantadas, no te sientas cohibida, puedes negarte y no sentiré rencor por ello, pero no te infravalores, porque tienes un talento del que muchos carecen.

Dairine sonrió.

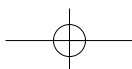
—Vale, lo pensaré, te prometo darte una respuesta en vuestro próximo concierto. No me importa dónde cantéis, yo estaré allí para daros ánimos —añadió sonriente y se dirigió a unas lianas que caían de la muralla del orfanato—. Chicos, tengo que irme. Nos veremos pronto y gracias por ayudarme antes... , la verdad, no sé qué pasó. Estaba hablando con una mujer, le di la espalda y... —la muchacha hizo un gesto encogiéndose de hombros y empezó a trepar.

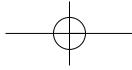
—¡Dairine! —la llamó Ty—. La mujer con la que hablaste, cómo era.

—Pues muy guapa, con el cabello moreno y algunas mechas azules. Al principio me ayudó, pero después se volvió un poco brusca —entonces se interrumpió. No quería decirles a los chicos que su cambio de actitud fue debido a la pulsera que llevaba ni tampoco la razón por la que ésta los unía, a pesar de que Tyrel no lo recordase—. En ocasiones olvido que en esas callejuelas siempre ronda gente muy rara. Nos vemos.

Ya subida en lo alto de la muralla, se despidió de los chicos.

Los hermanos esperaron unos segundos y se enfilaron calle arriba.





—Shaina y Dairine han tenido un encuentro —añadió Tyrel pensativo—, pero esto es muy extraño, ¿por qué la ha atacado? ¿Por qué precisamente a ella, a una desconocida?

—¡Te has tirado a muchas tías desde que rompiste con esa condenada bruja! —dijo Logan pensativo—. ¿Qué tiene de especial esta?

Las miradas de los dos fueron en dirección a Darnelle.

—Hablaré con ella; por el momento, por el bien de Dairine, es mejor mantener las distancias. No quiero contar con otra víctima sobre nuestra conciencia.

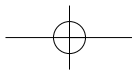
Los jóvenes, pensativos, continuaron su caminar. De repente la niebla creció alrededor de ellos, y cuando desapareció, no quedaba ni rastro de los hermanos.

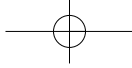
Dairine se agarró al alféizar de la ventana, pasó una pierna y, antes de seguir, tomó la linterna de su bolso. Al encenderla contempló cómo tres personas hurgaban en su habitación. Iban vestidos de negro, aunque sin capucha, y Dairine, nerviosa, señaló con el haz de luz al cuello del primer desconocido. Un pequeño tatuaje lo marcaba, en realidad un tribal que se entrecruzaba alrededor de toda la garganta.

La chica, asustada, volvió a dejarse caer por las cañerías y corrió. Debía salir del orfanato, ellos habían dado con ella, la atraparían, la secuestrarían o sólo el Dios Remiel sabía qué más.

Asustada, volvió a correr a la muralla del orfanato, pero en esta ocasión a la pared de la zona sur. Los hombres la seguían pero ella era más rápida y, tras escalar la muralla, se adentró en un bosque. La llegada del otoño había pelado todos los árboles, el crujir de las hojas indicaba su dirección, pero también la de ellos. Estaban muy cerca e incluso gritaban su nombre y eso la asustó mucho más. De repente una alambrada impidió su huida; tras ella, un gran cementerio húmedo y solitario.

Odiaba aquel lugar pero era el más apropiado para esconder-





se. Sorteó la valla y empezó a correr entre grandes tumbas, algunas adornadas con esculturas de ángeles, otras de gárgolas, un hecho extraño, pero había gente muy excéntrica en Zaira, y finalmente llegó a la zona de los panteones.

Los hombres la seguían muy de cerca, uno de ellos la agarró de la capucha; ella gritó y de entre las sombras apareció una persona cargando una barra. El desconocido soltó a Dairine, evitó el primer golpe del barrote, pero no el segundo, que le pegó en el estómago.

La chica se dispuso a huir pero alguien la agarró por detrás; cerró su mano sobre su boca y la arrastró al interior de un mausoleo.

